

REAVIVAMIENTOS MODERNOS

Ellen G. White



Primero lea esto

El nombre de Jesús ha llegado a ser hoy en día una parte del vocabulario corriente de muchos miles de jóvenes y adultos que testifican por Cristo. La segunda venida de Cristo, el haber nacido de nuevo, lo que Jesús significa para nosotros aquí y ahora, han llegado a ser temas de conversación cotidiana. Cantos relativos a la experiencia cristiana están compitiendo con los cantos relativos al amor. Antes de ahora se han producido reavivamientos, los cuales han producido extraordinarios resultados. Pero hoy esto ocurre como nunca antes entre la juventud.

En el ámbito de muchos colegios y universidades--aun de aquellos que no se destacan particularmente por su énfasis religioso--el nombre de Jesús se discute en forma abierta y de una manera nueva y positiva. Muchos jóvenes procedentes de hogares de buena condición económica, y otros que proceden de medios pobres, de ambientes de drogadicción, así como de medios de alta cultura, se han visto movidos a aceptar a Cristo en grandes cantidades. Miles han sentido la experiencia milagrosa de la conversión. Y los jóvenes adventistas del séptimo día también están experimentando reavivamientos. Sin embargo, ¿cuáles serán ahora nuestras conclusiones?

El nacer de nuevo, el ser justificado, el convertirse--cualquiera sea el vocablo que usemos--es sólo el comienzo. ¿Pero qué diremos

de los días, semanas y meses de crecimiento en Cristo? ¿Qué diremos acerca de la experiencia de toda la vida que a veces llamamos santificación?

La Palabra de Dios y los consejos de Elena de White nos inducen a concluir que somos justificados por la fe al aceptar a Cristo, pero somos santificados por la fe y por la obediencia. El cristiano verdaderamente nacido de nuevo no solamente habla acerca de estos temas, sino que también vive una vida que testifica de que es, en realidad, un seguidor del Señor Jesucristo.

El camino a la vida eterna no es fácil. Después de todo, en la Biblia se lo llama el camino "angosto". Luchamos contra enemigos que están fuera de nosotros mismos así como contra tendencias y debilidades pecaminosas que se hallan dentro de nosotros. Existen numerosos desvíos también. Y por supuesto, está siempre el camino ancho, con su poderoso atractivo. Satanás introduce falsificaciones para confundirnos y desanimarnos. Pero gracias a Dios, existen instrucciones claras para mostrarnos el camino de la vida eterna.

Las siguientes son preguntas típicas que se hacen hoy en día. ¿Cómo podemos explicar el poder que acompaña los reavivamientos populares en los cuales no se hace ningún esfuerzo para honrar la ley de Dios? ¿Qué diremos del movimiento de hablar en lenguas que se nota en algunas iglesias protestantes y católicas? ¿Son reales los milagros de sanamiento que caracterizan a algunos de los reavivamientos de nuestro tiempo? ¿Puede Dios obrar milagros por medio de aquellos que proclaman el perdón del pecado por medio de

Cristo y sin embargo enseñan a otros a ignorar los diez mandamientos como innecesarios o imposibles?

Es evidente, por un estudio de la historia, que no todos los reavivamientos son inspirados por Dios. Cada vez que ha habido un reavivamiento genuino se han presentado también falsificaciones. La Biblia nos dice que Satanás puede realizar milagros y que los hace. El quisiera, si le fuera posible, engañar a los propios escogidos. No podremos confiar en lo que vemos, oímos y sentimos.

No es el propósito de este libro emitir un juicio sobre los reavivamientos populares de estos días. ¿Quién puede dudar de que existen conversiones genuinas en algunas de estas reuniones? De hecho, podemos dar un paso más y sugerir que sanamientos verdaderos pueden resultar del ejercicio de la fe en la Palabra de Dios. En algunos casos esto puede ocurrir a pesar del evangelista, y no necesariamente debido a él. Es el propósito de este libro, más bien, considerar ciertos criterios que nos ayudan a distinguir entre lo verdadero y lo falso.

En una de sus primeras visiones, Elena Harmon (White), que a la sazón tenía 17 años, recibió un mensaje inusitado. Era en febrero de 1845. Cuando Cristo no regresó a esta tierra como se lo había esperado algunos meses antes, los adventistas chasqueados se dividieron y se confundieron. Por medio del estudio de la Biblia algunos de ellos encontraron una explicación para su chasco. Las visiones que se le dieron a Elena Harmon ayudaron a confirmar estas conclusiones. Descubrieron verdades bíblicas que por mucho

tiempo habían sido ignoradas, en tanto que la atención de la gente se había enfocado sobre la preparación para el regreso de Cristo. Pero la gran mayoría de los adventistas rechazaron todo ese estudio y todas esas explicaciones.

En su visión de 1845, Elena vio a los adventistas postrándose delante del trono de Dios en oración. Unos pocos de ellos se levantaron y siguieron a Jesús por la fe mientras la obra de Cristo era transferida al lugar santísimo. Recibieron el Espíritu Santo y "había luz, poder y mucho amor, gozo y paz".

Pero la mayor parte de los grupos permanecieron arrodillados delante del trono. Continuaron orando allí, aun cuando Cristo había salido. Satanás apareció para tomar el lugar de Cristo en el trono a fin de contestar sus oraciones. Elena vio a este grupo mirando hacia arriba, sin saber a quién estaban orando, mientras pedía el Espíritu Santo. Ella describió lo que vio en visión de esta manera: "Satanás soplaba entonces sobre ella [la compañía postrada delante del trono] una influencia impía; en ella había luz y mucho poder, pero nada de dulce amor, gozo ni paz. El objeto de Satanás era mantenerla engañada, arrastrarla hacia atrás y seducir a los hijos de Dios".-- Primeros Escritos, 55, 56.

La experiencia de estos dos grupos de adventistas de 1845 nos recuerda que puede haber una experiencia genuina y una experiencia falsificada, aun entre los que profesan ser sinceros. Dios desea que cada uno de nosotros tenga la genuina experiencia de los que han nacido de nuevo, seguida por una vida de feliz realización cristiana.

Pero Satanás se esfuerza por convencernos de que hay caminos más cortos y más fáciles. Es evidente que ambas posiciones no pueden ser correctas.

La Iglesia Adventista del Séptimo Día nació en tiempos difíciles e interesantes. La mayor parte de los que participaron en sus comienzos eran jóvenes, y sin embargo esas personas se hallaban profundamente consagradas al estudio de la Palabra, y estaban ansiosas de testificar acerca de su fe. El relato bíblico muestra que Dios a menudo llamó a jóvenes como sus testigos más efectivos en tiempo de crisis.

En estos últimos momentos de la pecaminosa historia de la tierra, los tiempos se presentan de nuevo difíciles y a la vez excitantes. ¿Podría ser que Ud. fuera uno de aquellos por medio de los cuales Dios hará algo especial? ¿Por qué no le da a él una oportunidad?

Este libro es pequeño. Pero en todas sus páginas hay declaraciones que vale la pena leer varias veces. Esperamos que el consejo que se encuentra en estas páginas pueda llegar a ser una guía valiosa para alcanzar un reavivamiento y una reforma genuinos en la vida de cada lector. Tal vez esta breve presentación animará al lector a indagar en otras fuentes bíblicas y de los escritos de Elena de White. Quiera Dios que el estudio cuidadoso que hagáis os ayude a estar ansiosos para encontrar a vuestro Señor cuando regrese, y a alistaros para ese acontecimiento. Los Fideicomisarios de la Corporación Editorial Elena G. de White.

Capítulo 1

Las conversiones: ¿Falsas o verdaderas?

El poder de la palabra

Dondequiera que la Palabra de Dios se predicara con fidelidad, los resultados atestiguaban su divino origen. El Espíritu de Dios acompañaba el mensaje de sus siervos, y su Palabra tenía poder. Los pecadores sentían despertarse sus conciencias. La luz "que alumbra a todo hombre que viene a este mundo", iluminaba los lugares más recónditos de sus almas, y las ocultas obras de las tinieblas eran puestas de manifiesto. Una profunda convicción se apoderaba de sus espíritus y corazones. Eran redargüidos de pecado, de justicia y del juicio por venir. Tenían conciencia de la justicia de Dios, y temían tener que comparecer con sus culpas e impurezas ante Aquel que escudriña los corazones. En su angustia clamaban: "¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?" Al serles revelada la cruz del Calvario, indicio del sacrificio infinito exigido por los pecados de los hombres, veían que sólo los méritos de Cristo bastaban para expiar sus transgresiones; eran lo único que podía reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad aceptaban al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Por la sangre de Jesús alcanzaban "la remisión de los pecados cometidos anteriormente".

Un nuevo estilo de vida

Estos creyentes hacían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida, como nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos, así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecieran, y aborrecían lo que antes amaran. Los orgullosos y tercos se volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban el adorno "exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; ésta es la hermosura en la presencia de Dios" 1 Pedro 3:3, 4, versión Nácar-Colunga.

Los reavivamientos producían en muchos profundo recogimiento y humildad. Eran caracterizados por llamamientos solemnes y fervientes hechos a los pecadores, por una ferviente compasión hacia aquellos a quienes Jesús compró por su sangre. Hombres y mujeres oraban y luchaban con Dios para conseguir la salvación de las almas. Los frutos de semejantes reavivamientos se echaban de ver en las almas que no vacilaban ante el desprendimiento y los sacrificios, sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir oprobios y pruebas por causa de Cristo.

Se notaba una transformación en la vida de los que habían hecho profesión de seguir a Jesús; y la influencia de ellos beneficiaba a la sociedad...

Tal es el resultado de la acción del Espíritu de Dios. Una reforma en la vida es la única prueba segura de un verdadero arrepentimiento. Si restituye la prenda, si devuelve lo que robó, si confiesa sus pecados y ama a Dios y a sus semejantes, el pecador puede estar seguro de haber encontrado la paz con Dios. Tales eran los resultados que en otros tiempos acompañaban a los reavivamientos religiosos. Cuando se los juzgaba por sus frutos se veía que eran bendecidos de Dios para la salvación de los hombres y el mejoramiento de la humanidad.

Reavivamientos falsificados: ¿Cuál es la diferencia?

Pero muchos de los reavivamientos de los tiempos modernos han presentado un notable contraste con aquellas manifestaciones de la gracia divina, que en épocas anteriores acompañaban los trabajos de los siervos de Dios. Es verdad que despiertan gran interés; que muchos se dan por convertidos y aumenta en gran manera el número de los miembros de las iglesias; no obstante, los resultados no son tales que nos autoricen para creer que haya habido un aumento correspondiente de verdadera vida espiritual. La llama que alumbra un momento se apaga pronto y deja la oscuridad más densa que antes.

Los reavivamientos populares son provocados demasiado a

menudo por llamamientos a la imaginación, que excitan las emociones y satisfacen la inclinación por lo nuevo y extraordinario. Los conversos ganados de este modo manifiestan poco deseo de escuchar la verdad bíblica, y poco interés en el testimonio de los profetas y apóstoles. El servicio religioso que no revista un carácter un tanto sensacional no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apela a la fría razón no despierta eco alguno en ellos. No tienen en cuenta las claras amonestaciones de la Palabra de Dios que se refieren directamente a sus intereses eternos.

Para toda alma verdaderamente convertida la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran tema de la vida... Antes que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la tierra, habrá entre el pueblo del Señor un reavivamiento de la piedad primitiva, cual no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. Entonces muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor de este mundo ha suplantado al amor de Dios y de su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo a fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor.

El enemigo de las almas desea impedir esta obra, y antes que llegue el tiempo para que se produzca tal movimiento, tratará de evitarlo introduciendo una falsa imitación. Hará aparecer como que la bendición especial de Dios es derramada sobre las iglesias que pueda colocar bajo su poder seductor; allí se manifestará lo que se considerará como un gran interés por lo religioso. Multitudes se

alegrarán de que Dios esté obrando maravillosamente en su favor, cuando, en realidad, la obra provendrá de otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano.

¿Por qué ser engañado?

En muchos de los despertamientos religiosos que se han producido durante el último medio siglo, se han dejado sentir, en mayor o menor grado, las mismas influencias que se ejercerán en los movimientos venideros más extensos. Hay una agitación emotiva, mezcla de lo verdadero con lo falso, muy apropiada para extraviar a uno. No obstante, nadie necesita ser seducido. A la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia y se alejen de las verdades claras que sirven para probar el alma y que requieren abnegación y desprendimiento del mundo, podemos estar seguros de que Dios no, dispensa allí sus bendiciones. Y al aplicar la regla que Cristo mismo dio: "Por sus frutos los conoceréis" (Mateo 7:16), resulta evidente que estos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

En las verdades de su Palabra, Dios ha dado a los hombres una revelación de sí mismo, y a todos los que las aceptan les sirven de escudo contra los engaños de Satanás. El descuido en que se tuvieron estas verdades fue lo que abrió la puerta a los males que se están propagando ahora tanto en el mundo religioso. Se ha perdido de vista en sumo grado la naturaleza e importancia de la ley de Dios.

Un concepto falso del carácter perpetuo y obligatorio de la ley divina ha hecho incurrir en errores respecto a la conversión y santificación, y como resultado se ha rebajado el nivel de la piedad en la iglesia. En esto reside el secreto de la ausencia del Espíritu y poder de Dios en los despertamientos religiosos de nuestros tiempos...

¿Puede cambiarse la ley de Dios?

Muchos maestros en religión aseveran que Cristo abolió la ley por su muerte, y que desde entonces los hombres se ven libres de sus exigencias. Algunos la representan como yugo enojoso, y en contraposición con la esclavitud de la ley, presentan la libertad de que se debe gozar bajo el Evangelio.

Pero no es así como los profetas y los apóstoles consideraron la santa ley de Dios. David dice: "Y andaré con libertad, porque he buscado tus preceptos". Salmos 119:45 (VM). El apóstol Santiago, que escribió después de la muerte de Cristo, habla del Decálogo como de la "ley real", y de la "ley perfecta, la ley de libertad" Santiago 2:8; 1:25 (VM). Y el vidente de Patmos, medio siglo después de la crucifixión, pronuncia una bendición sobre los "que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad" Apocalipsis 22:14, versión de Valera, 1909.

El aserto de que Cristo abolió con su muerte la ley de su Padre no tiene fundamento. Si hubiese sido posible cambiar la ley o

abolirla, entonces Cristo no habría tenido por qué morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado...

Enemistados y reconciliados: ¿Cómo se efectúa esto?

Es obra de la conversión y de la santificación reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos de acuerdo con los principios de su ley. Al principio el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado lo separó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la ley de Dios. "La intención de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" Romanos 8:7. Mas "de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito", para que el hombre fuese reconciliado con Dios. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según expuso Jesús, nadie "puede ver el reino de Dios".

El primer paso hacia la reconciliación con Dios, es la convicción del pecado. "El pecado es transgresión de la ley". "Por la ley es el conocimiento del pecado" 1 Juan 3:4; Romanos 3:20. Para reconocer su culpabilidad, el pecador debe medir su carácter por la gran norma de justicia que Dios dio al hombre. Es un espejo que le muestra la imagen de un carácter perfecto y justo, y le permite discernir los defectos de su propio carácter.

La ley revela al hombre sus pecados, pero no dispone ningún remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Sólo el Evangelio de Cristo puede librarlo de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene "remisión de los pecados cometidos anteriormente", y se hace partícipe de la naturaleza divina...

¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: "¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley". "Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?" Y Juan dice también: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos" Romanos 3:31; 6:21; Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y la lealtad...

La santificación: ¿Quién hace la obra?

Falsas teorías sobre la santificación,... debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace

doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación". Y ruega así: "El mismo Dios de paz os santifique del todo" 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos: "Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad". Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: "Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad". Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: "Tu ley es la verdad". Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre". "Hago siempre las cosas que le agradan" Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación.

Esta obra no se puede realizar sino por la fe en Cristo, por el poder del Espíritu de Dios que habite en el corazón. San Pablo

amonesta a los creyentes: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Filipenses 2:12, 13. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero luchará continuamente contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina, y la fe exclama: "A Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo". 1 Corintios 15:57.

Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión, la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar "al estado de hombre perfecto"; crecer "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo"... Filipenses 3:13, 14.

No hay lugar para la jactancia

Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre "muy amado" (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan

honrado de Dios se identificó con Dios en favor de su pueblo: "¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!" "Hemos pecado, hemos obrado impíamente". El declara: "Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo"... Daniel 9:18, 15, 20.

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: "Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza". Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: "¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!" dijo abrumado: "¡Ay de mí, pues soy perdido!" Isaías 6:3, 5 (VM). Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del "más pequeño de todos los santos" 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17.

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destrozaron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad. Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

Una falsa santificación: ¿Se trata solamente de creer?

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. "Tan sólo creed--dicen--y la bendición es vuestra". Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada?

El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: "Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abrahán nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras?... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe". Santiago 2:14-24.

El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe verdadera se funda en las promesas y disposiciones de las Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios... Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios". 1 Juan 2:4, 5 (VM). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberlo comparado primero con la sola regla de santidad que Dios ha dado...

Y la aserción de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de

Cristo y más yere acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree.

Santificación: entrega y participación total

La santificación expuesta en las Santas Escrituras abarca todo el ser: espíritu, cuerpo y alma. San Pablo rogaba por los tesalonicenses, que su "ser entero, espíritu y alma y cuerpo" fuese "guardado y presentado irreprochable en el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo". 1 Tesalonicenses 5:23 (VM). Y vuelve a escribir a los creyentes: "Os ruego pues, hermanos, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos, como sacrificio vivo, santo, acepto a Dios". Romanos 12:1 (VM). En tiempos del antiguo Israel, toda ofrenda que se traía a Dios era cuidadosamente examinada. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se lo rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen "sin mancha". Así también se pide a los cristianos que presenten sus cuerpos en "sacrificio vivo, santo, acepto a Dios". Para ello, todas sus facultades deben conservarse en la mejor condición posible. Toda costumbre que tienda a debilitar la fuerza física o mental incapacita al hombre para el servicio de su Creador.

¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podamos ofrecerle? Cristo dijo: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón". Los que aman a Dios de todo corazón desearán darle el mejor servicio de su vida y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán su aptitud para hacer su voluntad...

Una vida cambiada

El mundo está entregado a la sensualidad. "La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida" gobiernan las masas del pueblo. Pero los discípulos de Cristo son llamados a una vida santa...

A aquellos que cumplen con las condiciones: "Salid de en medio de ellos, y apartaos,... y no toquéis lo inmundo", se refiere la promesa de Dios: "Yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". 2 Corintios 6:17, 18. Es privilegio y deber de todo cristiano tener grande y bendita experiencia en las cosas de Dios... Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y éstos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de una gran luz en el cielo, con cuya gloria resplandecen, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Las gracias de su Espíritu, su pureza y santidad, se manifestarán en sus testigos...

Ya no hay condenación

Si bien la vida del cristiano ha de ser caracterizada por la humildad, no debe señalarse por la tristeza y la denigración de sí mismo. Todos tienen el privilegio de vivir de manera que Dios los apruebe y los bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos siempre en condenación y tinieblas. Marchar con la

cabeza baja y el corazón lleno de preocupaciones relativas a uno mismo no es prueba de verdadera humildad. Podemos acudir a Jesús y ser purificados, y permanecer ante la ley sin avergonzarnos ni sentir remordimientos. "Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al Espíritu". Romanos 8:1.

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán son hechos "hijos de Dios". "Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos: por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos". Hebreos 2:11. La vida del cristiano debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. "Todo aquel que es engendrado de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que vence al mundo, a saber, nuestra fe". 1 Juan 5:4 (VM). Con razón declaró Nehemías, el siervo de Dios: "El gozo de Jehová es vuestra fortaleza". Nehemías 8:10. Y San Pablo dice: "Gozaos en el Señor siempre: otra vez os digo: Que os gocéis". "Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo; porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" Filipenses 4:4; 1 Tesalonicenses 5:16-18.

Capítulo 2

Cómo llegar a ser un cristiano nacido de nuevo

Fe: creer y confiar

Cuando Dios perdona al pecador, le condona el castigo que merece y lo trata como si no hubiera pecado, lo recibe dentro del favor divino y lo justifica por los méritos de la justicia de Cristo. El pecador sólo puede ser justificado mediante la fe en la expiación efectuada por el amado Hijo de Dios, que se convirtió en un sacrificio por los pecados del mundo culpable. Nadie puede ser justificado por ninguna clase de obras propias. Puede ser liberado de la culpabilidad del pecado, de la condenación de la ley, del castigo de la transgresión sólo por virtud de los sufrimientos, muerte y resurrección de Cristo. La fe es la única condición por la cual se puede obtener la justificación, y la fe implica no sólo creer, sino confiar...

Muchos reconocen que Jesucristo es el Salvador del mundo, pero al mismo tiempo se mantienen apartados de él y no aprovechan la ocasión de arrepentirse de sus pecados y de aceptar a Jesús como a su Salvador personal. Su fe es simplemente el asentimiento de la verdad en su mente y en su juicio, pero la verdad no penetra en el corazón para que santifique el alma y transforme el carácter...

¿Puedo yo arrepentirme sin ayuda?

Muchos se confunden en cuanto a lo que constituye los primeros pasos en la obra de la salvación. Se piensa que el arrepentimiento es una obra que debe hacer por sí mismo el pecador a fin de que pueda ir a Cristo. Se piensa que el pecador por sí mismo debe procurar capacitarse para obtener la bendición de la gracia de Dios. Pero si bien es cierto que el arrepentimiento debe preceder al perdón, pues sólo es aceptable ante Dios el quebrantado y contrito de corazón, sin embargo el pecador no puede producir por sí mismo el arrepentimiento ni puede prepararse para ir a Cristo. A menos que se arrepienta el pecador, no puede ser perdonado. Pero la cuestión a decidir es si el arrepentimiento es obra del pecador o es una dádiva de Cristo. ¿Debe esperar el pecador hasta que esté lleno de remordimiento por su pecado antes de que pueda ir a Cristo? El primer paso hacia Cristo se da gracias a la atracción del Espíritu de Dios. Cuando el hombre responde a esa atracción, avanza hacia Cristo a fin de arrepentirse.

Se representa al pecador como a una oveja perdida, y una oveja perdida nunca vuelve al aprisco a menos que sea buscada y llevada de vuelta al redil por el pastor. Nadie puede arrepentirse por sí mismo y hacerse digno de la bendición de la justificación. Continuamente el Señor Jesús procura impresionar la mente del pecador y atraerlo para que contemple al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. No podemos dar un paso hacia la vida espiritual a menos que Jesús atraiga y fortalezca el alma, y nos guíe para experimentar el arrepentimiento del cual nadie necesita

arrepentirse...

Cuando Pedro presentó claramente ante los sacerdotes y saduceos el hecho de que el arrepentimiento es don de Dios, hablando de Cristo dijo: "A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". Hechos 5:31. El arrepentimiento es tanto un don de Dios como lo son el perdón y la justificación, y no se lo puede experimentar a menos que sea dado al alma por Cristo. Si somos atraídos a Cristo, es mediante su poder y virtud. La gracia de la contrición viene mediante él y de él procede la justificación...

La fe es más que palabras

La fe que es para salvación no es una fe casual, no es el mero consentimiento del intelecto; es la creencia arraigada en el corazón que acepta a Cristo como a un Salvador personal, segura de que él puede salvar perpetuamente a todos los que acuden a Dios mediante él. Creer que él salvará a otros pero que no te salvará a ti, no es fe genuina. Sin embargo, cuando el alma se aferra de Cristo como de la única esperanza de salvación, entonces se manifiesta la fe genuina. Esa fe induce a su poseedor a colocar todos los afectos del alma en Cristo. Su comprensión está bajo el dominio del Espíritu Santo y su carácter se modela de acuerdo con la semejanza divina. Su fe no es muerta, sino una fe que obra por el amor y lo induce a contemplar la belleza de Cristo y a asimilarse al carácter divino...

Toda la obra es del Señor, de principio a fin. El pecador que

perece puede decir: "Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: 'No he venido a llamar a justos, sino a pecadores'. Marcos 2:17. Soy pecador, y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. El murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido".

Justos en él

Cristo es un Salvador resucitado, pues aunque estuvo muerto, ha resucitado y vive siempre para interceder por nosotros. Hemos de creer con el corazón para justicia y con la boca hemos de hacer confesión para salvación. Los que son justificados por la fe confesarán a Cristo. "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida". Juan 5:25. La gran obra que ha de efectuarse en el pecador que está manchado y contaminado por el mal es la obra de la justificación. Este es declarado justo mediante Aquel que habla verdad. El Señor imputa al creyente la justicia de Cristo y lo declara justo delante del universo. Transfiere sus pecados a Jesús, el representante del pecador, su sustituto y garantía. Coloca sobre Cristo la iniquidad de toda alma que cree. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". 2 Corintios 5:21.

Cristo pagó por la culpabilidad de todo el mundo y todo el que venga a Dios por fe, recibirá la justicia de Cristo, "quien llevó él

mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados". 1 Pedro 2:24. Nuestro pecado ha sido expiado, puesto a un lado, arrojado a lo profundo de la mar. Mediante el arrepentimiento y la fe somos liberados del pecado y contemplamos al Señor, nuestra justicia. Jesús sufrió, el justo por el injusto.

¿Qué es el arrepentimiento?

Aunque como pecadores estamos bajo la condenación de la ley, sin embargo Cristo, mediante la obediencia que prestó a la ley, demanda para el alma arrepentida los méritos de su propia justicia. A fin de obtener la justicia de Cristo, es necesario que el pecador sepa lo que es ese arrepentimiento que efectúa un cambio radical en la mente, en el espíritu y en la acción. La obra de la transformación debe comenzar en el corazón y manifestar su poder mediante cada facultad del ser. Sin embargo, el hombre no es capaz de originar un arrepentimiento tal como éste, y sólo puede experimentarlo mediante Cristo, que ascendió a lo alto, llevó cautiva a la cautividad y dio dones a los hombres.

¿Quién necesita arrepentirse?

Quien desea llegar al verdadero arrepentimiento ¿qué debe hacer? Debe ir a Jesús, tal como es, sin demora. Debe creer que la palabra de Cristo es verdadera y, creyendo en la promesa, pedir para que reciba. Cuando un sincero deseo mueve a los hombres a orar, no

orarán en vano. El Señor cumplirá su palabra, y dará el Espíritu Santo para inducir al arrepentimiento con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. El pecador orará, velará y se apartará de sus pecados, haciendo manifiesta su sinceridad por el vigor de su esfuerzo para obedecer los mandamientos de Dios. Mezclará fe con la oración, y no sólo creerá en los preceptos de la ley sino que los obedecerá. Se declarará del lado de Cristo en esta controversia. Renunciará a todos los hábitos y compañías que tiendan a desviar de Dios el corazón.

El que quiera llegar a ser hijo de Dios, debe recibir la verdad que enseña que el arrepentimiento y el perdón han de obtenerse nada menos que mediante la expiación de Cristo. Asegurado de esto, el pecador debe realizar un esfuerzo en armonía con la obra hecha para él y con una súplica incansable, debe acudir al trono de gracia para que el poder renovador de Dios llegue hasta su alma. Cristo únicamente perdona al arrepentido, pero primero hace que se arrepienta aquel a quien perdona. La provisión hecha es completa y la justicia eterna de Cristo es acreditada a cada alma creyente. El manto costoso e inmaculado, tejido en el telar del cielo, ha sido provisto para el pecador arrepentido y creyente; y él puede decir: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia". Isaías 61:10.

Maravillosa gracia

Se ha dispuesto gracia abundante para que el alma creyente

pueda ser preservada del pecado, pues todo el cielo, con sus recursos ilimitados, ha sido colocado a nuestra disposición. Hemos de extraer de la fuente de salvación. Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. Somos pecadores por nosotros mismos, pero somos justos en Cristo. Habiéndonos hecho justos por medio de la justicia imputada de Cristo, Dios nos declara justos y nos trata como a tales. Nos contempla como a sus hijos amados. Cristo obra contra el poder del pecado, y donde abundó el pecado sobreabunda la gracia. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". Romanos 5:1, 2.

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". Romanos 3:24-26. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios". Efesios 2:8. Se cita. Juan 1:14-16.

Aptos para la salvación

El Señor quiere que los suyos sean sanos en la fe: que no ignoren la gran salvación que les es tan abundantemente ofrecida. No han de mirar hacia adelante pensando que en algún tiempo

futuro se hará una gran obra a su favor, pues ahora es completa la obra. No se pide que el creyente haga paz con Dios por sí solo. Nunca lo ha hecho ni jamás podrá hacerlo. Ha de aceptar a Cristo como su paz, pues con Cristo están Dios y la paz. Cristo dio fin al pecado llevando su pesada maldición en su propio cuerpo en el madero, y ha quitado la maldición de todos los que creen en él como en un Salvador personal. Pone fin al poder dominante del pecado en el corazón, y la vida y el carácter del creyente testifican de la naturaleza genuina de la gracia de Cristo.

A los que le piden, Jesús les imparte el Espíritu Santo, pues es necesario que cada creyente sea liberado de la corrupción, así como de la maldición y condenación de la ley. Mediante la obra del Espíritu Santo, la santificación de la verdad, el creyente llega a ser idóneo para los atrios del cielo, pues Cristo actúa dentro de él y la justicia de Cristo está sobre él. Sin esto, ningún alma tendrá derecho al cielo. No disfrutaríamos del cielo a menos que estuviéramos calificados para su santa atmósfera por la influencia del Espíritu y de la justicia de Cristo.

A fin de ser candidatos para el cielo, debemos hacer frente a los requerimientos de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Lucas 10:27. Sólo podemos hacer esto al aferrarnos por fe de la justicia de Cristo. Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en

carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto.

¿Hay algo entre Dios y yo?

Sólo Cristo puede hacer esto, pues "debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del mundo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados". Hebreos 2:17, 18. La reconciliación significa que desaparece toda barrera entre el alma y Dios, y que el pecador comprende lo que significa el amor perdonador de Dios. Debido al sacrificio hecho por Cristo para los hombres caídos, Dios puede perdonar en justicia al transgresor que acepta los méritos de Cristo. Cristo fue el canal por cuyo medio pudieron fluir la misericordia, el amor y la justicia del corazón de Dios al corazón del pecador. "El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". 1 Juan 1:9.

Toda alma puede decir: "Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley, y mi única esperanza radica en acudir a él como mi sustituto y garantía, el que obedeció la ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la ley. Estoy completo en Aquel que produce la justicia eterna. El me presenta a Dios con la vestimenta

inmaculada en la cual no hay una hebra que fue entretejida por instrumento humano alguno. Todo es de Cristo y toda la gloria, el honor y la majestad han de darse al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo".

Muchos piensan que deben esperar un impulso especial a fin de que puedan ir a Cristo; pero sólo es necesario acudir con sinceridad de propósito, decidiendo aceptar los ofrecimientos de misericordia y gracia que nos han sido extendidos. Hemos de decir: "Cristo murió para salvarme. El deseo del Señor es que sea salvado, e iré a Jesús sin demora, tal como soy. Me aventuraré a aceptar su promesa. Cuando Cristo me atraiga, responderé". El apóstol dice: "Con el corazón se cree para justicia". Romanos 10:10. Nadie puede creer con el corazón para justicia y obtener así la justificación por la fe mientras continúe en la práctica de aquellas cosas que prohíbe la Palabra de Dios, o mientras descuide cualquier deber conocido.

Las buenas obras como fruto de la fe

La fe genuina se manifestará en buenas obras, pues las buenas obras son frutos de la fe. Cuando Dios actúa en el corazón y el hombre entrega su voluntad a Dios y coopera con él, efectúa en la vida lo que Dios pone allí mediante el Espíritu Santo, y hay armonía entre el propósito del corazón y la práctica de la vida. Debe renunciarse a cada pecado como a lo aborrecible que crucificó al Señor de la vida y de la gloria, y el creyente debe tener una experiencia progresiva al hacer continuamente las obras de Cristo. La bendición de la justificación se retiene mediante la entrega

continua de la voluntad y la obediencia constante.

Los que son justificados por la fe deben tener un corazón que se mantenga en la senda del Señor. Una evidencia de que el hombre no está justificado por la fe es que sus obras no corresponden con su profesión. Santiago dice: "¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?" Santiago 2:22.

La fe que no produce buenas obras no justifica al alma. "Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe". Santiago 2:24. "Creyó Abrahán a Dios, y le fue contado por justicia". Romanos 4:3.

En sus pasos

Donde está la fe, aparecen las buenas obras. Los enfermos son visitados, se cuida de los pobres, no se descuida a los huérfanos ni a las viudas, se viste a los desnudos, se alimenta a los desheredados. Cristo anduvo haciendo bienes, y cuando los hombres se unen con él, aman a los hijos de Dios, y la humildad y la verdad guían sus pasos. La expresión del rostro revela su experiencia y los hombres advierten que han estado con Jesús y que han aprendido de él. Cristo y el creyente se hacen uno, y la belleza del carácter de Cristo se revela en los que están vitalmente relacionados con la Fuente de poder y de amor. Cristo es el gran depositario de la rectitud que justifica y de la gracia santificante.

Todos pueden acudir a él y recibir su plenitud. El dice: "Venid

a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Mateo 11:28. Luego, ¿por qué no desechar toda incredulidad y escuchar las palabras de Jesús? Necesitáis descanso, anheláis paz. Por lo tanto, decid desde el corazón: "Señor Jesús, vengo, porque tú me has hecho esta invitación". Creed en él con fe firme, y seréis salvos. ¿Habéis estado mirando a Jesús, que es el autor y consumidor de vuestra fe? ¿Habéis estado contemplando a Aquel que está lleno de verdad y de gracia? ¿Habéis aceptado la paz que sólo Cristo puede dar? Si no lo habéis hecho, entonces rendíos a él y mediante su gracia procurad tener un carácter que sea noble y elevado. Id en pos de un espíritu constante, resuelto y alegre. Alimentaos de Cristo, que es el pan de vida, y manifestaréis su gracia de carácter y de espíritu.

Capítulo 3

Dios también tiene reglas

Nuestra única responsabilidad

Como Supremo Legislador del universo, Dios ha ordenado leyes no sólo para el gobierno de todos los seres vivientes, sino de todas las operaciones de la naturaleza. Todo, ya sea grande o pequeño, animado o inanimado, está bajo leyes fijas que no pueden ser desdeñadas. No hay excepciones a esta regla, pues nada de lo hecho por la mano divina ha sido olvidado por la mente divina. Sin embargo, al paso que todo lo que hay en la naturaleza es gobernado por la ley natural, sólo el hombre, como ser inteligente, capaz de entender sus requerimientos, es responsable ante la ley moral. Sólo al hombre, corona de la creación divina, Dios ha dado una conciencia que comprende las demandas sagradas de la ley divina, y un corazón capaz de amarla como santa, justa y buena. Del hombre se requiere pronta y perfecta obediencia. Sin embargo, Dios no lo obliga a obedecer: queda como ser moral libre.

Son pocos los que comprenden el tema de la responsabilidad personal del hombre. Sin embargo, es un asunto de máxima importancia. Todos podemos obedecer y vivir, o podemos transgredir la ley de Dios, desafiar su autoridad y recibir el castigo consiguiente. De modo que a cada alma le incumbe decididamente la pregunta: ¿Obedeceré la voz del cielo, las diez palabras

pronunciadas en el Sinaí, o iré con la multitud que pisotea esta ígnea ley? Para los que aman a Dios, será la máxima delicia observar los mandamientos divinos y hacer aquellas cosas que son agradables a la vista de Dios. Pero el corazón natural odia la ley de Dios y lucha contra sus santas demandas. Los hombres cierran su alma a la luz divina, rehusando caminar en ella cuando brilla sobre ellos. Sacrifican la pureza del corazón, el favor de Dios y su esperanza del cielo a cambio de la complacencia egoísta o las ganancias mundanales.

Dice el salmista: "La ley de Jehová es perfecta". Salmos 19:7. ¡Cuán maravillosa es la ley de Jehová en su sencillez, su extensión y perfección! Es tan breve, que podemos fácilmente aprender de memoria cada precepto, y sin embargo tan abarcante como para expresar toda la voluntad de Dios y tener conocimiento no sólo de las acciones externas, sino de los pensamientos e intenciones, los deseos y emociones del corazón. Las leyes humanas no pueden hacer esto. Sólo pueden tratar con las acciones externas. Un hombre puede ser transgresor y, sin embargo, puede ocultar sus faltas de los ojos humanos. Puede ser criminal, ladrón, asesino o adúltero, pero mientras no sea descubierto, la ley no puede condenarlo como culpable. La ley de Dios toma en cuenta los celos, la envidia, el odio, la malignidad, la venganza, la concupiscencia y la ambición que agitan el alma, pero que no han hallado expresión en acciones externas porque ha faltado la oportunidad aunque no la voluntad. Y se demandará cuenta de esas emociones pecaminosas en el día cuando "Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala". Eclesiastés 12:14.

El obedecer trae felicidad

La ley de Dios es sencilla y se entiende fácilmente. Hay hombres que se jactan orgullosamente de que sólo creen lo que pueden entender, olvidándose de que hay misterios en la vida humana y en la manifestación del poder de Dios, en las obras de la naturaleza: misterios que la filosofía más profunda, la investigación más extensa, son incapaces de explicar. Pero no hay misterios en la ley de Dios. Todos pueden comprender las grandes verdades que implica. El intelecto más débil puede captar esas reglas; el más ignorante puede regular su vida y formar su carácter de acuerdo con la norma divina. Si los hijos de los hombres obedecieran esta ley al máximo de su capacidad, ganarían fortaleza para su mente y poder de discernimiento para comprender todavía más el propósito y los planes de Dios. Y este progreso sería continuo, no sólo durante la vida presente, sino durante los siglos eternos, pues no importa cuán lejos avancemos en el conocimiento de la sabiduría y del poder de Dios, siempre queda un infinito más allá.

La ley divina nos demanda amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Sin el ejercicio de este amor, la más elevada profesión de fe es mera hipocresía...

Es esencial la obediencia a la ley, no sólo para nuestra salvación, sino para nuestra felicidad y para la felicidad de aquellos con quienes nos relacionamos. "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo" (Salmos 119:165), dice la Palabra

inspirada. Sin embargo, el hombre finito presentará a la gente esta ley santa, justa y buena, esta ley de libertad que el Creador mismo ha adaptado para las necesidades del hombre, como un yugo de opresión, un yugo que nadie puede llevar. Pero es el pecador el que considera la ley como un yugo penoso; es el transgresor el que no puede ver belleza en sus preceptos. Pues la mente carnal "no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" Romanos 8:7.

Más allá de las prohibiciones

Vivimos en un siglo de gran impiedad. Las multitudes están esclavizadas por costumbres pecaminosas y malos hábitos, y son difíciles de romper los grillos que las atan. Como un diluvio, la iniquidad está inundando la tierra. Ocurren diariamente crímenes casi demasiado horrorosos para ser mencionados. Y, sin embargo, hombres que profesan ser atalayas en las murallas de Sion quieren enseñar que la ley era sólo para los judíos y que caducó con los gloriosos privilegios que comenzaron en la era evangélica. ¿No hay acaso una relación entre el desenfreno y el crimen imperantes, y el hecho de que los ministros y sus fieles sostienen y enseñan que la ley no está más en vigencia?

El poder condenador de la ley de Dios se extiende no sólo a lo que hacemos, sino a lo que no hacemos. No hemos de justificarnos dejando de hacer lo que Dios requiere. No sólo hemos de cesar de hacer el mal, sino que debemos aprender a hacer el bien. Dios nos ha dado facultades que deben ejercerse en buenas obras, y si no se emplean esas facultades, ciertamente seremos considerados como

siervos malos y negligentes. Quizá no hayamos cometido atroces pecados; tales faltas quizá no estén registradas contra nosotros en el libro de Dios; pero el hecho de que nuestros actos no sean registrados como puros, buenos, elevados y nobles--lo que indica que no hemos cultivado los talentos que se nos confiaron--, nos coloca bajo condenación.

La ley de Dios existía antes de que el hombre fuera creado. Fue adaptada a las condiciones de seres santos: aun los ángeles eran gobernados por ella. No se cambiaron los principios de justicia después de la caída. Nada fue quitado de la ley. No podía mejorarse ninguno de sus santos preceptos. Y así como ha existido desde el comienzo, de la misma manera continuará existiendo por los siglos perpetuos de la eternidad. Dice el salmista: "Hace ya mucho que he entendido tus testimonios, que para siempre los has establecido". Salmos 119:152.

Capítulo 4

El equilibrio entre la fe y las obras

Un testimonio vivo

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Hay muchos en el mundo cristiano que pretenden que todo lo que es necesario para la salvación es tener fe; las obras no significan nada; la fe es lo único esencial. Pero la Palabra de Dios nos dice que la fe sin las obras es muerta.

Muchos rehúsan obedecer los mandamientos de Dios, y sin embargo destacan mucho la fe. Pero la fe debe tener un fundamento. Las promesas de Dios están dadas todas bajo condiciones. Si hacemos su voluntad, si andamos en la verdad, entonces podemos pedir lo que queremos, y nos será hecho. Mientras hacemos fervientes esfuerzos para ser obedientes, Dios oirá nuestras peticiones; pero él no nos bendecirá en la desobediencia. Si elegimos desobedecer sus mandamientos, podemos clamar: "Fe, fe, sólo hay que tener fe", y la respuesta la recibiremos de la segura Palabra de Dios: "La fe sin obras es muerta". Semejante fe será como metal que resuena y címbalo que retiñe.

A fin de tener los beneficios de la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte; debemos trabajar con fidelidad, y producir

frutos dignos de arrepentimiento. Somos obreros juntamente con Dios. No hemos de sentarnos en la indolencia, esperando alguna ocasión grandiosa para realizar una gran obra por el Maestro. No habéis de descuidar el deber que encontráis directamente en vuestro sendero; pero habéis de aprovechar las oportunidades que se abren delante de vosotros. Habéis de proseguir haciendo lo mejor que podáis en los trabajos más pequeños de la vida, asumiendo de todo corazón y con toda fidelidad la obra que la providencia de Dios os ha asignado. Por pequeña que sea, debéis hacerla con todo el cuidado con que haríais una obra mayor. Vuestra fidelidad será aprobada en los registros del cielo.

No necesitáis esperar que vuestro camino sea suavizado delante de vosotros. Empezad a trabajar para utilizar los talentos que se os han confiado. No tenéis nada que hacer con lo que el mundo pensará acerca de vosotros. Que vuestras palabras, vuestro espíritu, vuestras acciones, sean un testimonio vivo de Jesús, y el Señor cuidará de que el testimonio dado para su gloria, presentado en una vida bien ordenada y en una conversación piadosa, pueda profundizarse e intensificarse con poder. Sus resultados pueden nunca ser conocidos en la tierra, pero serán manifestados delante de Dios y de los ángeles.

¿Cuál es mi parte?

Hemos de hacer todo lo que podemos, todo lo que está de nuestra parte para pelear la buena batalla de la fe. Hemos de luchar, de trabajar, de esforzarnos, de agonizar para entrar por la puerta

estrecha. Hemos de poner al Señor siempre delante de nosotros. Con manos limpias, con corazones puros, hemos de buscar el honor de Dios en todos nuestros caminos. Se ha provisto ayuda para nosotros en Aquel que es poderoso para salvar. El espíritu de verdad y de luz nos vivificará y renovará por su actuación misteriosa; pues todo nuestro progreso espiritual viene de Dios, no de nosotros. El verdadero obrero tendrá poder divino que lo ayude, pero el ocioso no será sostenido por el Espíritu de Dios.

En un sentido dependemos de nuestra propia energía; hemos de luchar fervorosamente para ser celosos y para arrepentirnos, para limpiar nuestras manos y purificar nuestros corazones de toda contaminación; hemos de alcanzar la norma más alta, creyendo que Dios nos ayudará en nuestros esfuerzos. Debemos buscar si queremos encontrar, y buscar con fe; debemos llamar, para que la puerta nos sea abierta. La Biblia enseña que todo lo que se relaciona con nuestra salvación depende de nuestra propia conducta. Si perecemos, la responsabilidad descansará totalmente sobre nosotros. Si la provisión ya está hecha, y si aceptamos los términos de Dios, podemos echar mano de la vida eterna. Debemos ir a Cristo con fe, debemos ser diligentes para hacer firme nuestra vocación y elección.

¿Una fe que no hace nada?

El perdón del pecado le está prometido a aquel que se arrepiente y cree; la corona de la vida será la recompensa del que es fiel hasta el fin. Debemos crecer en la gracia progresando por medio de la gracia que ya tenemos. Debemos mantenernos sin mancha de

este mundo, si queremos ser hallados sin culpa en el día de Dios. La fe y las obras van mano en mano, actúan de común acuerdo en la obra de vencer. Las obras sin la fe están muertas, y la fe sin obras es muerta. Las obras nunca nos salvarán; es el mérito de Cristo lo que tendrá valor en nuestro favor. Por medio de la fe en él, Cristo hará que todos nuestros esfuerzos imperfectos sean aceptables para Dios. La fe que se requiere que tengamos no es una fe que no hace nada; la fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que levanta manos puras a Dios sin ira y sin dudas, andará inteligentemente en el camino de los mandamientos de Dios.

Si hemos de tener el perdón de nuestros pecados, debemos comprender primeramente qué es el pecado, para que podamos arrepentirnos, y producir frutos dignos de arrepentimiento. Debemos tener un fundamento sólido para nuestra fe; debe estar fundado en la Palabra de Dios, y sus resultados se verán en la obediencia a la voluntad expresada de Dios. Dice el apóstol: "Sin santidad nadie verá al Señor".

Equilibrio

La fe y las obras nos mantendrán equilibrados, y nos darán éxito en la obra de perfeccionar un carácter cristiano. Jesús dice: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Hablando del alimento temporal, el apóstol exclamó: "Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma". La misma regla

se aplica a nuestra nutrición espiritual; si alguien quiere tener el pan de la vida eterna, haga esfuerzo para obtenerlo.

Vivimos en un período importante e interesante de la historia de esta tierra. Necesitamos más fe de la que hemos tenido hasta ahora; necesitamos un sostén más firme desde arriba. Satanás está trabajando con todo su poder para obtener la victoria sobre nosotros, porque él sabe que tiene solamente poco tiempo en el cual trabajar. Pablo tenía temblor y temor al trabajar por su salvación; ¿y no debiéramos nosotros temer, no sea que no lleguemos a obtener la promesa que se nos ha dejado, demostrando que no somos merecedores de la vida eterna? Debemos velar y orar, y luchar con esfuerzo agonizante para entrar por la puerta estrecha.

No hay excusa para el pecado, o para la indolencia. Jesús ha ido delante de nosotros, y él quiere que nosotros sigamos en sus pisadas. El ha sufrido, él se ha sacrificado como ninguno de nosotros lo ha hecho para poner la salvación a nuestro alcance. No necesitamos desanimarnos. Jesús vino a nuestro mundo a traerle poder divino al hombre, para que por su gracia, podamos ser transformados a su semejanza.

Después que yo haya hecho lo mejor, ¿qué pasará?

Cuando está en el corazón humano el deseo de obedecer a Dios, cuando se realizan esfuerzos con ese propósito, Jesús acepta esta disposición y este esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y él compensa la deficiencia con su propio mérito divino. Pero él no

aceptará a los que pretenden tener fe en él, y sin embargo son desleales al mandamiento de su Padre.

Oímos mucho hablar de fe, pero debemos oír hablar mucho más acerca de obras. Muchos están engañando sus propias almas, viviendo una religión fácil, acomodaticia, desprovista de cruz. Pero Jesús dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame".¹

Semejante a dos remos

Si somos fieles en hacer nuestra parte, en cooperar con él, Dios obrará por medio de nosotros para que hagamos su buena voluntad. Pero Dios no puede obrar por nosotros si no hacemos ningún esfuerzo. Si ganamos la vida eterna, debemos trabajar, y trabajar fervorosamente... No nos engañemos por la aseveración a menudo repetida: "Todo lo que tenéis que hacer es creer". La fe y las obras son dos remos que debemos usar en forma pareja si anhelamos remontar la corriente de la incredulidad. "La fe, si no tiene obras, es muerta". El cristiano es un hombre de pensamiento y de paciencia. Su fe fija sus raíces firmemente en Cristo. Por la fe y las buenas obras se mantiene espiritualmente fuerte y saludable, y su fuerza espiritual aumenta mientras lucha para hacer las buenas obras de Dios.²

Un mensaje actual y equilibrado

Sed muy cuidadosos, mis hermanos, en cuanto a la forma de

presentar el tema de la fe y las obras ante los oyentes, no sea que las mentes se confundan...

No presente nadie la idea de que el hombre tiene poco o nada que hacer en la gran obra de vencer, pues Dios no hace nada para el hombre sin su cooperación. Tampoco se diga que después de que habéis hecho todo lo que podéis de vuestra parte, Jesús os ayudará. Cristo ha dicho: "Separados de mí nada podéis hacer". Juan 15:5. Desde el principio hasta el fin, el hombre ha de ser colaborador con Dios. A menos que el Espíritu Santo actúe sobre el corazón humano, tropezaremos y caeremos a cada paso. Los esfuerzos del hombre solo no son nada sino inutilidad, pero la cooperación con Cristo significa victoria...

No diga nadie que sus obras no tienen nada que ver con su jerarquía y posición delante de Dios. En el juicio, se pronunciará la sentencia de acuerdo con lo que ha sido hecho o lo que ha sido dejado sin hacer. Mateo 25:34-40.

Se requieren esfuerzos y labor de parte del que recibe la gracia de Dios, pues el fruto es el que manifiesta cuál es el carácter del árbol. Aunque las buenas obras del hombre, sin fe en Jesús, no tienen más valor que la ofrenda de Caín, sin embargo, cubiertas con los méritos de Cristo, testifican de la idoneidad del que las hace para heredar la vida eterna. Lo que es considerado como moral en el mundo no alcanza la norma divina y no tiene más mérito delante del cielo que el que tuvo la ofrenda de Caín.³

Capítulo 5

Salvados solamente "en Cristo"

"El me salvará ahora"

El pecador que perece puede decir: "Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: 'No he venido a llamar a justos, sino a pecadores'. Marcos 2:17. Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. El murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido".¹

No puede ser vencido el que se arrepiente de sus pecados y acepta el don de la vida del Hijo de Dios. Aferrándose por fe de la naturaleza divina, llega a ser un hijo de Dios. Ora, cree. Cuando es tentado y probado, demanda el poder que Cristo dio con su muerte, y vence mediante la gracia de Jesús. Esto necesita entender cada pecador. Debe arrepentirse de sus pecados, debe creer en el poder de Cristo, y debe aceptar ese poder que salva y protege del pecado. ¡Cuán agradecidos debiéramos estar por la dádiva del ejemplo de Cristo!²

¿Por qué afligirse?

La vida en Cristo es una vida de reposo. Tal vez no haya

éxtasis de los sentimientos, pero debe haber una confianza continua y apacible. Tu esperanza no se cifra en ti mismo, sino en Cristo. Tu debilidad está unida a su fuerza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su eterno poder...

No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestros pensamientos, ni alimentar ansiedad ni temor acerca de si seremos salvos o no. Todo esto desvía el alma de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendemos a Dios la custodia de nuestra alma, y confiemos en él. Hablemos del Señor Jesús y pensemos en él. Piérdase en él nuestra personalidad. Desterremos toda duda; disipemos nuestros temores. Digamos con el apóstol Pablo: "Vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí: y aquella vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó, y se dio a sí mismo por mí". Gálatas 2:20 (VM). Reposemos en Dios. El puede guardar lo que le hemos confiado. Si nos ponemos en sus manos, nos hará más que vencedores por medio de Aquel que nos amó.³

Ud. puede contar con esto

"El que mediante su propia expiación proveyó para el hombre un caudal infinito de poder moral, no dejará de emplear ese poder en nuestro favor... Todas las fuerzas satánicas no tienen poder para vencer a un alma que con fe sencilla se apoya en Cristo".⁴

"Se ha dispuesto gracia abundante para que el alma creyente pueda ser preservada del pecado".⁵

"En él tenemos una ofrenda completa, un sacrificio infinito, un poderoso Salvador, que puede salvar hasta lo último a todos los que vienen a Dios por medio de él. Con amor, viene a revelar al Padre, a reconciliar al hombre con Dios, a hacerlo una nueva criatura, renovada de acuerdo con la imagen de Aquel que lo creó".⁶

El problema de Pedro

El mal que provocó la caída de Pedro [de negar a Cristo en su juicio]... está ocasionando la ruina de millares. No hay nada que ofenda tanto a Dios, o que sea tan peligroso para el alma humana, como el orgullo y la suficiencia propia. De todos los pecados es el más desesperado, el más incurable.

La caída de Pedro no fue instantánea, sino gradual. La confianza propia lo indujo a creer que estaba salvado, y dio paso tras paso en el camino descendente hasta que pudo negar a su Maestro. Nunca podemos con seguridad poner la confianza en el yo, ni tampoco, estando, como nos hallamos, fuera del cielo, hemos de sentir que nos encontramos seguros contra la tentación. Nunca debe enseñarse a los que aceptan al Salvador, aunque sean sinceros en su conversión, a decir o sentir que están salvados. Eso es engañoso. Debe enseñarse a todos a acariciar la esperanza y la fe; pero aun cuando nos entregamos a Cristo y sabemos que él nos acepta, no estamos fuera del alcance de la tentación. La Palabra de Dios declara: "Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados". Daniel 12:10. Sólo el que soporte la prueba, "recibirá la corona de

vida". Santiago 1:12.

Los que aceptan a Cristo y dicen en su primera fe: "Soy salvo" están en peligro de confiar en sí mismos. Pierden de vista su propia debilidad y constante necesidad de la fortaleza divina. No están preparados para resistir los ardides de Satanás, y cuando son tentados, muchos, como Pedro, caen en las profundidades del pecado. Se nos amonesta: "El que piensa estar firme, mire no caiga". 1 Corintios 10:12. Nuestra única seguridad está en desconfiar constantemente de nosotros mismos y confiar en Cristo.⁷

Nunca esté "satisfecho"

Hay muchos que profesan seguir a Cristo, pero que nunca llegan a ser cristianos maduros. Admiten que el hombre está caído, que sus facultades están debilitadas, que es incapaz de hazañas morales, pero añaden que Cristo ha llevado todas las cargas, todos los sufrimientos, toda la abnegación, y que están dispuestos a dejar que él lo lleve todo. Dicen que no hay nada que puedan hacer sino creer; pero dijo Cristo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". Mateo 16:24. Jesús guardó los mandamientos de Dios...

Nunca debemos descansar satisfechos de nuestra condición y cesar de progresar diciendo: "Estoy salvado". Cuando se fomenta esta idea, cesan de existir los motivos para velar, para orar, para realizar fervientes esfuerzos a fin de avanzar hacia logros más elevados. Ninguna lengua santificada pronunciará esas palabras

hasta que venga Cristo y entremos por las puertas de la ciudad de Dios. Entonces, con plena razón, podremos dar gloria a Dios y al Cordero por la liberación eterna. Mientras el hombre esté lleno de debilidades--pues por sí mismo no puede salvar su alma--, nunca debería atreverse a decir: "Soy salvo".

No puede jactarse de la victoria el que se reviste de la armadura, pues tiene todavía que pelear la batalla y ganar la victoria. El que soporte hasta el fin, es el que será salvo.⁸

La relación con Cristo: ¿Falsa o verdadera?

Existen en la iglesia personas que creen y otras que no creen. Cristo presenta estas dos clases en su parábola de la viña y de sus ramas. El exhorta a sus seguidores: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer".

Existe una amplia diferencia entre una pretendida unión y una verdadera conexión con Cristo por medio de la fe. Una profesión de verdad coloca a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que ellos tengan una conexión vital con la Vid viviente. Se nos da una regla con la cual puede distinguirse el verdadero discípulo de aquel que pretende seguir a Cristo pero no tiene fe en él. La primera clase lleva fruto; la otra, no tiene fruto. La una se ve sujeta con frecuencia

a la tijera podadora de Dios para que lleve más fruto; la otra, como rama marchita, ha de ser cortada antes de mucho de la Vid viviente...

Las fibras de las ramas son casi idénticas a las de la vid. La comunicación de vida, fuerza y producción de frutos del tronco a las ramas es libre y constante. La raíz envía su nutrición por medio de la rama. Tal es la verdadera relación del creyente con Cristo. El permanece en Jesús y recibe su alimento de él.

Es algo personal

Esta relación espiritual puede ser establecida tan sólo por medio del ejercicio de la fe personal. Esta fe debe expresarse de parte de nosotros en una suprema preferencia, en una perfecta confianza, en una total consagración. Nuestra voluntad debe ser completamente sometida a la voluntad divina, nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros intereses y nuestro honor deben ser identificados con la prosperidad del reino de Cristo y el honor de su causa, mientras nosotros recibimos constantemente gracia de él, y mientras Cristo acepta nuestra gratitud.

Cuando se establece esta intimidad de nuestra conexión y comunión con él, nuestros pecados son puestos sobre Jesús; su justicia nos es imputada a nosotros. El fue hecho pecado por nosotros para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él. Tenemos acceso a Dios por medio de él; somos aceptos en el Amado...

Fue en el momento en que Cristo estaba por dejar a sus discípulos cuando les dio el hermoso emblema de su relación con los creyentes. El había estado presentando delante de ellos la unión estrecha que debían tener con él, por la cual ellos pudieran mantener la vida espiritual cuando su presencia visible les fuera retirada. Para grabar este pensamiento en sus mentes les presentó el símbolo de la vid como el más destacado y apropiado...

Todos los seguidores de Cristo tienen un interés tan profundo en esta lección como lo tenían los discípulos que escucharon sus palabras. En la apostasía, el hombre se separa de Dios. La separación es amplia y terrible; pero Cristo ha hecho provisión de nuevo para relacionarnos consigo. El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana que ningún hombre puede vencerlo excepto por su unión con Cristo. Por medio de esta unión recibimos poder moral y espiritual. Si tenemos el espíritu de Cristo llevaremos el fruto de justicia, fruto que honrará y bendecirá a los hombres, y glorificará a Dios.

El Padre es el labrador. Con maestría y con misericordia él poda cada rama que lleva fruto. Los que comparten los sufrimientos y el vituperio de Cristo ahora compartirán su gloria en el más allá. "Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos". Sus ángeles ministran en favor de ellos. En su segunda aparición será como el Hijo del hombre, identificándose de esta manera con la humanidad aun en su gloria. A los que se han unido con él les dice: "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?... Aunque olvide ella, yo

nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros".

Podando las ramas

¡Oh, qué extraordinarios privilegios nos son acordados!

¿No haremos los más fervientes esfuerzos para entrar en esta alianza con Cristo, por medio de la cual solamente se obtienen estas bendiciones? ¿No nos separaremos de nuestros pecados por la justicia y de nuestras iniquidades volviéndonos al Señor? El escepticismo y la incredulidad están muy difundidos. Cristo hizo la pregunta: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?" Debemos albergar una fe viviente y activa. La permanencia de nuestra fe es la condición de nuestra unión.

Una unión con Cristo mediante la fe viva es permanente; toda otra unión debe perecer. Cristo primeramente nos escogió, pagando un precio infinito por nuestra redención; y el verdadero creyente elige a Cristo como lo primero, lo último y lo mejor en todo. Pero esta unión nos cuesta algo. Esa es una unión de completa dependencia en la cual debe entrar un ser orgulloso. Todos los que forman esta unión deben sentir su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. Deben pasar por un cambio de corazón. Deben someter su propia voluntad a la voluntad de Dios. Habrá una lucha con obstáculos externos e internos. Debe haber una obra penosa de separación así como una obra de unión o de enlace. El orgullo, el egoísmo, la vanidad, la mundanalidad--el pecado en todas sus

formas--deben ser vencidos si queremos entrar en una unión con Cristo. La razón por la cual muchos encuentran la vida cristiana tan deplorablemente dura, la razón por la cual ellos son tan volubles y tan variables, es porque tratan de unirse con Cristo sin separarse primeramente de estos ídolos acariciados.

Después que se ha formado la unión con Cristo, puede preservarse sólo por oración ferviente y esfuerzo incansable. Debemos resistir, debemos negarnos, debemos conquistarnos a nosotros mismos. Por la gracia de Cristo, con valor, por la fe, por la vigilancia, podemos ganar la victoria.⁹

Capítulo 6

Cuidado con las falsificaciones

Esta es la prueba

"¡A la ley y al testimonio! si no hablaren conforme a esta palabra, son aquellos, para quienes no ha amanecido". Isaías 8:20 (VM). Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. En ocasión de cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final contra Cristo y sus discípulos. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El anticristo va a efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. El contrahacimiento (o falsificación) se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestiguar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro.¹

¿Por qué no son suficientes los milagros?

Quien haga de la operación de milagros la prueba de su fe, encontrará que Satanás puede, mediante una variedad de engaños,

realizar maravillas que pasarán por milagros genuinos.²

Satanás es un obrero astuto, e introducirá engaños sutiles a fin de oscurecer y confundir la mente y desarraigar las doctrinas de la salvación. Aquellos que no acepten la Palabra de Dios literalmente, caerán en esa trampa.³

Los ángeles malos nos asechan en todo momento... Ocupan nuevo terreno y obran maravillas y milagros ante nuestra vista...

Algunos serán tentados a recibir estos milagros como procedentes de Dios. Los enfermos sanarán delante de nosotros. Se harán milagros ante nuestra vista. ¿Estamos preparados para la prueba que nos espera cuando los milagros mentirosos de Satanás sean exhibidos en forma más amplia? ¿No serán entrampadas muchas almas? Al separarse de los sencillos preceptos y los mandamientos de Dios, y prestar atención a las fábulas, las mentes de muchos están preparándose para recibir estos milagros mentirosos. Todos debemos tratar ahora de armarnos para el conflicto en el cual pronto debemos empeñarnos. La fe en la Palabra de Dios, estudiada con oración y aplicada prácticamente, será nuestro escudo contra el poder de Satanás y nos hará vencedores por la sangre de Cristo.⁴

Los sanamientos pueden ser del diablo

Se me ha indicado que diga que en el futuro será necesaria una gran vigilancia. No debe existir la torpeza espiritual en el pueblo de

Dios. Los espíritus del mal procuran activamente controlar las mentes humanas. Los hombres están siendo reunidos en atados, listos para ser consumidos por los fuegos de los últimos días. Aquellos que descartan a Cristo y su justicia, aceptarán los engaños que están inundando al mundo. Los cristianos deben ser sobrios y vigilantes, y resistir firmemente a su adversario el diablo, quien anda como león rugiente en busca de alguien a quien devorar. Habrá personas que, sometidas a la influencia de los espíritus malignos, realizarán milagros...

No necesitamos ser engañados. Pronto ocurrirán escenas maravillosas con las cuales Satanás estará estrechamente relacionado. La Palabra de Dios declara que Satanás obrará milagros. Hará enfermar a la gente y después quitará repentinamente de ella su poder satánico. Eso hará que se considere sanados a los enfermos. Estas obras de curación aparente pondrán a prueba a los adventistas. Muchos que tienen gran luz dejarán de andar en la luz, porque no han logrado una unidad con Cristo.⁵

Si aquellos por medio de quienes se realizan curaciones están dispuestos--en vista de estas manifestaciones--a excusar su descuido de la ley de Dios, y prosiguen desobedeciendo, aunque tengan poder en todo sentido, tal cosa no significa que posean el gran poder de Dios. Por el contrario, es el poder obrador de milagros del gran engañador. El es un transgresor de la ley moral, y utiliza toda invención posible para enceguecer a los hombres en cuanto a su verdadero carácter. Se nos ha advertido que en los últimos días obrará con señales y maravillas mentirosas. Y continuará esas

maravillas hasta que termine el tiempo de gracia, a fin de poder señalarlas como evidencias de que es un ángel de luz y no de las tinieblas.⁶

Un falso "hablar en lenguas" identificado en 1864

Un espíritu de fanatismo ha regido cierta clase de observadores del sábado [del este de los Estados Unidos]; han bebido tan sólo pocos sorbos de la fuente de verdad, y no conocen el espíritu del mensaje del tercer ángel...

Algunas de esas personas tienen manifestaciones de lo que llaman dones, y dicen que el Señor las ha colocado en la iglesia. Hablan una jerigonza incomprensible que llaman la lengua desconocida, y que lo es no sólo para el hombre, sino para el Señor y todo el cielo. Estos dones son elaborados por hombres y mujeres ayudados por el gran engañador. El fanatismo, la falsa agitación, el falso hablar en lenguas y los servicios ruidosos han sido considerados dones que Dios ha colocado en la iglesia. Algunos han sido engañados...

El fanatismo y el ruido han sido considerados como evidencias especiales de la fe.

Algunos no se quedan satisfechos con una reunión a menos que sientan cierto poder y momentos felices. Trabajan para esto y despiertan sentimientos de excitación. Pero la influencia de tales reuniones no es benéfica. Una vez desaparecida la sensación fugaz

de felicidad, descienden más bajo que antes de la reunión, porque su felicidad no proviene de la debida fuente. Las reuniones más provechosas para el progreso espiritual son aquellas que se caracterizan por la solemnidad y el escudriñamiento profundo del corazón; en las cuales cada uno procura conocerse a sí mismo y con fervor y profunda humildad se esfuerza por aprender de Cristo...

Hay estrellas fugaces que profesan ser ministros enviados por Dios y van predicando el sábado de lugar en lugar; pero han mezclado la verdad con el error y le ofrecen al pueblo el conjunto de sus opiniones dispares. Satanás los ha introducido para disgustar a los incrédulos inteligentes y sensatos. Algunos tienen mucho que decir acerca de los dones, y tienen a menudo manifestaciones especiales. Se entregan a sentimientos desenfrenados y excitantes, y hacen ruidos ininteligibles que llaman don de lenguas. Cierta clase de personas parece encantada con estas extrañas manifestaciones. Un espíritu extraño domina a estas gentes, que están dispuestas a atropellar a cualquiera que se proponga reprenderlas. El Espíritu de Dios no está en esta obra y no acompaña a tales obreros. Ellos tienen otro espíritu.⁷

El mundo no se convertirá por el don de lenguas, o por la obra de los milagros, sino por la predicación de Cristo crucificado.⁸

Tambores, danzas y ruidos

Las cosas que Ud. ha descrito que están ocurriendo en Indiana, el Señor me ha mostrado que ocurrirán antes del fin del tiempo de

gracia. Toda cosa burda se pondrá de manifiesto. Habrá gritos, con tambores, música y danza. Los sentidos de seres racionales estarán tan confundidos que no se podrá tener confianza en ellos para hacer decisiones correctas. Y a esto se llama la obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nunca se revela en tales métodos, en tal confusión de ruido. Esta es una invención de Satanás para cubrir sus métodos ingeniosos a fin de anular el efecto de la verdad pura, sincera, elevadora y ennoblecedora para este tiempo... Una babilonia de voces afecta los sentidos y pervierte aquello que, si fuera realizado debidamente, podría ser una bendición. Los poderes de las agencias satánicas se mezclan con el alboroto y el ruido, para tener un carnaval, y a esto se lo llama la obra del Espíritu Santo... Los que participan en el supuesto reavivamiento reciben impresiones que los desvían. No pueden hablar de lo que anteriormente conocían con respecto a los principios bíblicos.

Cuerpos fuera de control

De ninguna manera debe animarse esta clase de culto. La misma clase de influencia se manifestó después de haber pasado el tiempo en 1844. Se hizo la misma clase de presentación. Los hombres llegaron a excitarse, y eran agitados por un poder que se creía ser el poder de Dios. Movían y agitaban sus cuerpos una y otra vez, como una rueda de carro, pretendiendo que no podrían hacer esto si no fuera por un poder sobrenatural. Había una creencia de que los muertos eran levantados y habían ascendido al cielo. El Señor me dio un mensaje para este fanatismo; porque los hermosos

principios de la verdad bíblica estaban siendo eclipsados.

Desnudez

Hombres y mujeres, que se suponían guiados por el Espíritu Santo, realizaron reuniones en estado de desnudez. Hablaban acerca de la carne santa. Decían que estaban fuera del poder de la tentación, y cantaban y gritaban, y hacían toda clase de manifestaciones ruidosas. Estos hombres y mujeres no eran malos, pero estaban engañados... Satanás estaba amoldando la obra, y la sensualidad era el resultado. La causa de Dios era deshonrada. La verdad, la sagrada verdad, era arrastrada en el polvo por agentes humanos.

Las autoridades del país intervinieron, y varios de los dirigentes del grupo fueron encarcelados. Para los que fueron encerrados en la cárcel esta interferencia se llamaba persecución por causa de la verdad, y así la verdad fue vestida con ropas manchadas por la carne... Yo presenté la reprobación del Señor con respecto a esta clase de obra, mostrando que su influencia hacía que la verdad fuera objetable y desagradable para la comunidad...

Presenté mi testimonio, declarando que estos movimientos fanáticos, este ruido y este alboroto, eran inspirados por el espíritu de Satanás, que estaba obrando milagros para engañar si fuera posible a los mismos elegidos.⁹

Confusión

Debemos estar en guardia a fin de mantener una estrecha comunión con Cristo y para no ser engañados por las artimañas de Satanás.

El Señor quiere que sus servicios se caractericen por el orden y la disciplina, y no por la agitación y la confusión.¹⁰

Los gritos y ejercicios salvajes y estridentes no son evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando.¹¹

Orden versus impresiones y sentimientos

Hay muchos espíritus inquietos que no se someterán a la disciplina, al sistema y al orden. Piensan que sus libertades serían cortadas si dejaran a un lado su propio juicio y se sometieran al juicio de los que tienen experiencia. La obra de Dios no progresará a menos que haya una disposición a someterse al orden y a eliminar el espíritu descuidado y desordenado de fanatismo de sus reuniones.

Las impresiones y los sentimientos no son evidencia segura de que una persona es guiada por Dios. De manera insospechada Satanás infundirá sentimientos e impresiones. Estos no son guías seguros. Todos deben familiarizarse completamente con las evidencias de nuestra fe, y el gran tema de estudio [de esa gente] debe ser cómo adornar su profesión cristiana y llevar fruto para la gloria de Dios.¹²

Esclavos de Satanás

Por doquiera, Satanás procura atraer a los jóvenes al camino de la perdición, y si puede colocar una vez los pies de ellos en el camino, los apresura en su curso descendente guiándolos de un libertinaje a otro, hasta que sus víctimas pierden la sensibilidad de la conciencia y no tienen más temor de Dios delante de sus ojos. Cada vez tienen menos dominio propio. Se entregan al vino y al alcohol, al tabaco y al opio, y van de un grado de disipación a otro. Son esclavos del apetito. Aprenden a despreciar consejos que una vez respetaron. Se revisten de fanfarronería y se jactan de ser libres, cuando son los esclavos de la corrupción. Por libertad quieren decir que son esclavos del egoísmo, del apetito depravado y del libertinaje.¹³

"Inspirados" por las drogas

Durante un tiempo [un paciente del Sanatorio de Battle Creek] pensó que recibía nueva luz. Estaba gravemente enfermo, y no le quedaba mucho tiempo de vida... Aquellos a quienes presentaba sus puntos de vista lo escuchaban ansiosamente, y algunos pensaban que estaba inspirado... Muchas personas consideraban que sus conceptos no tenían ni una falla. Hablaban de sus poderosas exhortaciones presentadas desde su lecho de enfermo. Contempló visiones maravillosas. ¿Pero cuál era la fuente de su inspiración? Era la morfina que le administraban para aliviar sus dolores.¹⁴

Panteísmo, espiritismo y amor libre

La teoría de que Dios es una esencia que llena toda la naturaleza es uno de los más sutiles engaños de Satanás. Ella presenta falsamente a Dios y es una deshonra para su grandeza y majestad. Las ideas panteístas no son sostenidas por la Palabra de Dios... Ellas gratifican el corazón natural y dan licencia a las propensiones naturales.¹⁵

La teoría de que Dios es una esencia que compenetra toda la naturaleza es aceptada por muchos de los que profesan creer las Escrituras; pero, por muy ataviada que vaya esta teoría, es un engaño muy peligroso. Da una falsa idea de Dios y agravia su grandeza y majestad. Lo seguro es que no tiende tan sólo a extraviar, sino a corromper a los hombres. Las tinieblas son su elemento y la sensualidad su ambiente... Estas teorías, llevadas hasta su conclusión lógica, desbaratan la economía cristiana. Desechan la necesidad de la expiación, y hacen del hombre su propio salvador.¹⁶

He visto los resultados de estas opiniones llenas de fantasías respecto de Dios: apostasía, espiritismo y amor libre. La tendencia de esas enseñanzas al amor libre estaba tan escondida que al principio era difícil aclarar su verdadero carácter. Hasta que el Señor me lo presentó, yo no sabía cómo llamarlo, pero fui instruida a llamarlo amor espiritual no santificado.¹⁷

Como en los días de los apóstoles, los hombres intentan, por medio de tradiciones y filosofías, destruir la fe en las Escrituras. Así

hoy, por los complacientes conceptos de la "alta crítica", evolución, espiritismo, teosofía y panteísmo, el enemigo de la justicia está procurando llevar a las almas por caminos prohibidos... Por el espiritismo, multitudes son inducidas a pensar que el deseo es la mayor ley, que la licencia es libertad y que el hombre es responsable únicamente de sí mismo y ante sí mismo.¹⁸

Comportamiento irracional

La santificación no es un vuelo feliz del sentimiento, no es la obra de un instante, sino la obra de toda una vida. Si alguno pretende que el Señor lo ha santificado, y que lo hace santo, la prueba de su pretensión de que posee esa bendición se verá en los frutos de mansedumbre, paciencia, longanimidad, veracidad y amor.

Si la bendición que han recibido los que pretenden estar santificados los induce a depender de alguna emoción particular, y declaran que no hay necesidad de investigar las Escrituras para conocer la voluntad revelada de Dios, entonces la supuesta bendición es una falsificación, porque induce a sus poseedores a darle valor a sus propias emociones y fantasías no santificadas, y a cerrar sus oídos a la voz de Dios en su palabra...

La excitación nerviosa en asuntos de religión no es evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando en el corazón. Leemos acerca de contorsiones frenéticas del cuerpo, de chillidos y gritos en la obra de Satanás sobre las mentes y los cuerpos de los hombres; pero la Palabra de Dios no nos presenta ningún ejemplo de

manifestaciones semejantes en relación con aquellos sobre los cuales él derrama su Espíritu. Es claro que las fantasías destempladas, las explosiones salvajes, los ejercicios corporales de contorsión constituyen la obra del enemigo.

Sin embargo muchos piensan que el desorden de la mente, que se intensifica por el poder de Satanás, es una garantía de que Dios está haciendo que estas almas engañadas actúen de una manera tan desordenada. Todo el espíritu y el tono de la Biblia condena a los hombres que actúan sin razón e inteligencia. Cuando el Espíritu de Dios conmueve el corazón, hace que el hijo de Dios actúe de una manera que recomiende la religión al buen juicio de los hombres y mujeres de mente equilibrada.¹⁹

Pretensión

Dijo Cristo: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad".

Pueden profesar ser seguidores de Cristo, pero han perdido de vista a su Director. Pueden decir: "Señor, Señor"; pueden señalar a los enfermos que fueron sanados por ellos, y otras obras maravillosas, y pretender que tienen más del Espíritu y del poder de Dios que el que manifiestan aquellos que guardan su ley. Pero sus

obras se realizan bajo la supervisión del enemigo de la justicia, cuyo fin es engañar a las almas, y está determinado a descaminarlas de la obediencia, la verdad y el deber.

En el cercano futuro habrá aún más casos de manifestaciones señaladas de este poder que obra milagros; porque se dice de él: "También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres".

Nos sorprendemos de que haya tantos que están dispuestos a aceptar estas grandes pretensiones como la obra genuina del Espíritu de Dios; pero los que solamente miran las obras maravillosas, y son guiados por el impulso y las impresiones, serán engañados...

Pretensiones de santidad

Nadie que pretenda santidad es realmente santo. Los que son registrados como santos en los libros del cielo no son conscientes de este hecho, y son los últimos en jactarse de su propia bondad. Ninguno de los profetas y apóstoles jamás profesó santidad, ni aun Daniel, Pablo o Juan. Los justos nunca tienen semejante pretensión.

Cuanto más se parezcan a Cristo, más lamentarán su desemejanza con él; porque sus conciencias son sensitivas, y consideran el pecado más como Dios lo mira. Tienen puntos de vista exaltados de Dios y del gran plan de salvación; y sus corazones, humillados bajo un sentido de su propia falta de mérito, son sensibles al honor de ser contados como miembros de la familia real,

hijos e hijas del Rey eterno.

Los que aman la ley de Dios no pueden armonizar en la adoración o en el espíritu con los transgresores decididos de esa ley, quienes se llenan de amargura y malicia cuando se enseñan las verdades sencillamente reveladas de la Biblia. Tenemos un detector que discrimina entre lo verdadero y lo falso. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido".²⁰

¿En la voz de quién puedo yo confiar?

Necesitamos estar anclados en Cristo, arraigados y fundados en la fe. Satanás obra mediante sus instrumentos. Elige a los que han estado bebiendo de las aguas vivas, cuyas almas están sedientas de algo nuevo y original, y que siempre están listos a beber en cualquier fuente que se les ofrezca. Se oirán voces que digan: "Mirad, aquí está el Cristo", o "Mirad, allí está"; pero no debemos creerlas. Tenemos evidencias innegables de la voz del Pastor verdadero, y él nos está llamando para que le sigamos. Nos dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre" Conduce a sus ovejas por la senda de la obediencia humilde a la ley de Dios, pero nunca las insta a transgredirla.

"La voz de un extraño" es la voz del que no respeta ni obedece la ley de Dios santa, justa y buena. Muchos tienen gran pretensión de santidad, y se jactan de las maravillas que realizan sanando a los enfermos, pero al mismo tiempo no toman en consideración esta

gran norma de la justicia. ¿Pero mediante el poder de quién se realizan esas curaciones? ¿Están los ojos de unos y otros abiertos a su transgresión de la ley? ¿Y asumen la posición de hijos humildes, obedientes, y listos a obedecer todos los requerimientos de Dios? ...

Nadie necesita ser engañado. La ley de Dios es tan sagrada como su trono, y mediante ella será juzgado todo hombre que nace en el mundo. No existe otra norma para probar el carácter. "Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido". Ahora bien, ¿se decidirá el caso de acuerdo con la Palabra de Dios, o se dará crédito a las pretensiones humanas? Cristo dice: "Por sus frutos los conoceréis".²¹

Capítulo 7

Sigue siendo una lucha

Lo que ha hecho el pecado

Necesitamos comprender más claramente de lo que solemos las contingencias del gran conflicto en que estamos empeñados. Necesitamos comprender más ampliamente el valor de las verdades de la Palabra de Dios, y el peligro de consentir que el gran engañador aparte de ella nuestra mente.

El valor infinito del sacrificio requerido para nuestra redención pone de manifiesto que el pecado es un tremendo mal, que ha descompuesto todo el organismo humano, pervertido la mente y corrompido la imaginación. El pecado ha degradado las facultades del alma. Las tentaciones del exterior hallan eco en el corazón, y los pies se dirigen imperceptiblemente hacia el mal.

Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino...

Exige perseverancia

Los agravios no pueden repararse, ni tampoco pueden realizarse reformas en la conducta mediante unos cuantos esfuerzos débiles e intermitentes. La formación del carácter es tarea, no de un día ni de un año, sino de toda la vida. La batalla para vencerse a sí mismo, para lograr la santidad y el cielo, es una lucha de toda la vida. Sin continuo esfuerzo y constante actividad, no puede haber adelanto en la vida divina, ni puede obtenerse la corona de victoria.

La prueba más evidente de la caída del hombre de un estado superior es el hecho de que tanto cuesta volver a él. El camino de regreso se puede recorrer sólo mediante rudo batallar, hora tras hora, y adelantando paso a paso. En un momento, por una acción precipitada o por descuido, podemos ponernos bajo el poder del mal; pero se necesita más de un momento para romper los grillos y alcanzar una vida más santa. Bien puede formarse el propósito y empezar a realizarlo; pero su cumplimiento cabal requiere trabajo, tiempo, perseverancia, paciencia y sacrificio.

No debemos obrar impulsivamente. No podemos descuidarnos un solo momento. Asaltados por tentaciones sin cuento, debemos resistir con firmeza o ser vencidos. Si llegamos al fin de la vida sin haber concluido nuestra obra, la pérdida será eterna.

La vida del apóstol Pablo fue un constante conflicto consigo mismo. Dijo: "Cada día muero". 1 Corintios 15:31. Su voluntad y sus deseos estaban en conflicto diario con su deber y con la voluntad

de Dios. En vez de seguir su inclinación, hizo la voluntad de Dios, por mucho que tuviera que crucificar su naturaleza.

Al terminar su vida de conflicto, al mirar hacia atrás y ver los combates y triunfos de ella, pudo decir: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día". 2 Timoteo 4:7, 8.

La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay descanso; el esfuerzo ha de ser continuo y perseverante. Sólo mediante un esfuerzo incansable podemos asegurarnos la victoria contra las tentaciones de Satanás. Debemos procurar la integridad cristiana con energía irresistible, y conservarla con propósito firme y resuelto.

Nadie llegará a las alturas sin esfuerzo perseverante en su propio beneficio. Todos deben empeñarse por sí mismos en esta guerra; nadie puede pelear por nosotros...

Hay una ciencia para ello

Hay una ciencia del cristianismo que debe ser conocida a fondo, y que es tanto más profunda, amplia y alta que cualquier ciencia humana cuanto son más altos los cielos que la tierra. La mente debe ser disciplinada, educada y formada, pues hemos de servir a Dios de un modo que no congenia con nuestras inclinaciones naturales. Hemos de vencer las tendencias al mal, que

hemos heredado y cultivado. Muchas veces hay que prescindir por completo de la educación y la preparación de toda una vida para aprender en la escuela de Cristo. Nuestro corazón debe recibir educación para llegar a ser firme en Dios. Debemos contraer hábitos de pensar que nos capaciten para resistir a la tentación. Debemos aprender a mirar hacia arriba. Debemos comprender, en todo cuanto ellos atañen a nuestra vida diaria, los principios de la Palabra de Dios, que son tan elevados como el cielo y tan abarcentes como la eternidad. Cada acto, cada palabra y cada pensamiento deben concordar con esos principios. Todos deben ser puestos en armonía con Cristo y en sujeción.

Las preciosas gracias del Espíritu Santo no se desarrollan en un momento. El valor, la mansedumbre, la fe, la confianza inquebrantable en el poder de Dios para salvar, se adquieren por la experiencia de años. Los hijos de Dios han de sellar su destino mediante una vida de santo esfuerzo y de firme adhesión a lo justo.

No hay tiempo que perder

No tenemos tiempo que perder. No sabemos cuándo ha de terminar nuestro tiempo de prueba. A lo sumo, no podemos contar sino con una vida hartamente breve, y no sabemos cuándo la saeta de la muerte nos atravesará el corazón. Tampoco sabemos cuándo tendremos que desprendernos del mundo y de todos sus intereses. La eternidad se extiende ante nosotros. El velo está a punto de descorrerse. Unos pocos años más, y para cada uno de los que ahora se cuentan entre los vivos se dará el mandato:

"El que es injusto, sea injusto todavía; ... y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía". Apocalipsis 22:11.

¿Estamos preparados? ¿Conocemos a Dios, el Gobernador de los cielos, el Legislador, y a Jesucristo a quien envió al mundo como representante suyo? Cuando la obra de nuestra vida haya terminado ¿podremos decir, como dijo Cristo, nuestro ejemplo:

"Yo te he glorificado en la tierra: he acabado la obra que me diste que hiciese... he manifestado tu nombre". Juan 17:4-6.

Los ángeles de Dios procuran desprendernos de nosotros mismos y de las cosas de la tierra. No permitamos que trabajen en vano.

Las mentes entregadas a pensamientos licenciosos necesitan cambiar. "Por lo cual, teniendo los lomos de vuestro entendimiento ceñidos, con templanza, esperad perfectamente en la gracia que os es presentada cuando Jesucristo os es manifestado: como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación: Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo". 1 Pedro 1:13-16.

Los pensamientos deben concentrarse en Dios. Debemos dedicar nuestro esfuerzo más enérgico a dominar las malas

tendencias del corazón natural. Nuestros esfuerzos, nuestra abnegación y perseverancia deben corresponder al valor infinito del objeto que perseguimos. Sólo venciendo como Cristo venció podremos ganar la corona de vida.

Constante dependencia

El gran peligro del hombre consiste en engañarse a sí mismo, en creerse suficiente de por sí y en apartarse de Dios, la fuente de su fuerza. Nuestras tendencias naturales, si no las enmienda el Espíritu Santo de Dios, encierran la semilla de la muerte moral. A no ser que nos unamos vitalmente con Dios, no podremos resistir los impíos efectos de la concupiscencia, del amor egoísta y de la tentación a pecar.

Para recibir ayuda de Cristo, debemos comprender nuestra necesidad. Debemos tener verdadero conocimiento de nosotros mismos. Sólo quien se reconoce pecador puede ser salvado por Cristo. Sólo cuando vemos nuestro desamparo absoluto y no confiamos ya en nosotros mismos, podemos asirnos del poder divino.

No es tan sólo al principio de la vida cristiana cuando debe hacerse esta renuncia a sí mismo. Hay que renovarla a cada paso que damos hacia el cielo. Todas nuestras buenas obras dependen de un poder externo a nosotros; por tanto, se necesita una continua aspiración del corazón a Dios, una constante y fervorosa confesión del pecado y una humillación del alma ante Dios. Nos rodean

peligros, y no nos hallamos seguros sino cuando sentimos nuestra flaqueza y nos aferramos con fe a nuestro poderoso Libertador.

La verdad o cosas triviales

Debemos apartarnos de un sinnúmero de temas que llaman nuestra atención. Hay asuntos que consumen tiempo y despiertan deseos de saber, pero que acaban en la nada. Los más altos intereses requieren la estricta atención y energía que suelen dedicarse tantas veces a cosas relativamente insignificantes.

De por sí, el aceptar nuevas teorías no infunde nueva vida al alma. Aun el conocimiento de hechos y teorías importantes en sí mismos resulta de escaso valor si no lo practicamos. Necesitamos sentir la responsabilidad de dar a nuestra alma el alimento que nutra y estimule la vida espiritual...

La pregunta que debemos estudiar es: "¿Qué es la verdad; la verdad que hemos de estimar, amar, honrar y obedecer?" Los partidarios ardientes de la ciencia han quedado derrotados y descorazonados en sus esfuerzos por descubrir a Dios. Lo que necesitan investigar hoy día es: "¿Cuál es la verdad que nos capacitará para salvar nuestra alma?"

¿Tengo yo la respuesta?

"¿Qué os parece del Cristo?" es la pregunta de importancia suprema. ¿Recibís a Cristo como Salvador personal? A todos los

que lo reciben les da facultad de ser hechos hijos de Dios.

Cristo reveló a Dios a sus discípulos de un modo que realizó en sus corazones una obra especial, tal como desea hacerla en nuestros corazones. Son muchos los que, espaciándose en teorías, han perdido de vista el poder vivo del ejemplo del Salvador. Han perdido de vista a Cristo como el que obra humilde y abnegadamente. Necesitan contemplar a Jesús. Día tras día necesitamos una nueva revelación de su presencia. Necesitamos seguir más de cerca su ejemplo de desprendimiento y sacrificio abnegado.

Necesitamos la experiencia que tenía San Pablo cuando escribió: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí". Gálatas 2:20.

El conocimiento de Dios y de Jesucristo, expresado en el carácter, es una exaltación por encima de cualquier otra cosa que se estime en el cielo o en la tierra. Es la educación suprema. Es la llave que abre los pórticos de la ciudad celestial. Es designio de Dios que posean este conocimiento todos los que se revisten del Señor Jesucristo.